

## DISCURSO XXXI.

### CONSTANCIA.

*Esto fidelis usque ad mortem, et dabo tibi coronam vitae.*

Sé fiel hasta la muerte y te daré la corona de la vida. (Aroc. II, 10).

La constancia obra portentos, y produce varones ilustres en sabiduría y santidad. La constancia, no debilitada por la multiplicidad de los trabajos, ni por los años, edificó, asentando piedra sobre piedra, aquellos magníficos templos cuyas agujas se pierden en las más elevadas nubes. Fué la constancia la que, movida por el ávido é incansable deseo de saber, entregada á la investigacion de la verdad, añadiendo invencion á invencion, elevó las ciencias hasta lograr que se viajase contra viento y marea, y se midiese la distancia de las estrellas. Fué la constancia la que, sabiendo que el Reino de los Cielos es una torre á cuya cumbre es preciso subir asiéndose de ásperas piedras, colocándonos al lado de los varones piadosos, los mantuvo firmes para que no se detuvieran, hasta lograr el descanso en los tálamos de la inmortal beatitud. Las acciones pasajeras, los hechos momentáneos, las obras que pasan y fenecen, no han producido nunca cosa alguna que fuese verdaderamente grande; y sin la constancia, aquellos tiempos no se nos ofrecerían tan magníficos, ni las ciencias tan adelantadas, ni aquellos varones piadosos hubieran podido entrar en el Alcázar del Paraíso.

Esta constancia fué tambien la virtud de María, con la cual coronó todas sus demás virtudes. Dadas algunas explicaciones acerca de la constancia, y de la necesidad en que nos veremos siempre de unirla á nuestras buenas obras, nuestra alma, al considerarla en María, no podrá ménos de quedar arrobada en profundísima admiracion. Pidamos ántes los auxilios de la gracia: A. M.

La constancia es una virtud, que, concebido un propósito concienzuda y prudentemente, no se arredra por oposiciones ni obstáculos. Ella aleja el temor causado por las dificultades, que amenazan acabar con nuestra obediencia á las prescripciones de la razon y de la fé, y no se rinde nunca por la fatiga, ni se espanta por los peligros, ni se deja seducir por la adulacion, ó corromper por los placeres. No ser como caña agitada por el viento, que se doblega al menor soplo; perseverar hasta el fin en una obra buena empezada; sufrir con valor las cosas desagradables; no retroceder ante las dificultades; resistir los riesgos que se presenten, y hacer todos los esfuerzos para conseguir el fin propuesto, á pesar del mundo, de la carne y de los asaltos de las pasiones; hé ahí en que consiste la constancia.

Historias antiguas y modernas refieren de muchos personajes, que se mantuvieron constantes, no obstante de haber tenido que luchar con repetidas contradicciones. Noé porfia más de cien años en la construccion del Arca, á pesar de las mofas de sus contemporáneos; Abrahán persevera en el servicio del Señor, nõ obstante las pruebas á que está sometido; José, tentado en todos sentidos por una mujer infiel, no cede á la seductora tentacion; Job muéstrase resignado en la inmensa tribulacion que le angustia; Tobias permanece piadoso en las varias congojas que le oprimen; el anciano Eleazar permanece justo en la feroz persecucion con que se quiere quitarle la vida. En cuanto á las historias más recientes: Juan de Dios prosigue impertérrito su camino, desafiando las befas y silvidos de la plebe; y Pedro de Alcántara no se cansa y permanece firme en el género de vida que ha abrazado, y, al parecer, superior á las fuerzas humanas. Por lo que mira á nuestros días, sabemos que permanecen firmes en sus propósitos algunos jóvenes, á pesar de las burlas y hasta amenazas de sus compatriotas; y algunas doncellas, aunque sean calificadas por compañeras suyas de fanáticas; y otras personas de diferentes condiciones y edades, que por todo el oro del mundo no faltarían á sus deberes religiosos, y otras que, erguida la frente, profesan las máximas cristianas en las mismas tertulias, donde está de moda blasfemar de ellas.

Tambien nosotros, hermanos míos, debemos practicar esta virtud y considerarla como indispensable; porque, la constancia en las obras buenas es absolutamente necesaria para conseguir la salvacion eterna. Quien no persevera en el bien emprendido, es como aquel que, corriendo sobre la arena, cae rendido de fatiga, aún ántes de

llegar al punto designado, y pierde el premio concedido á la victoria. Sin embargo, pocos son, muy pocos, los cristianos que comprendan la necesidad de cultivar la virtud de la constancia. Los hay, que en ciertos días del año más señalados por piadosos recuerdos, practican ciertos actos especiales de devoción, los cuales, ayudándonos á crucificar en nosotros el cuerpo del pecado, conducen los ánimos extraviados con las vanidades del mundo, á la meditacion de nuestros altos destinos; hay otros que, levantados de súbito, como si despertasen de profundo letargo, reconocida la propia indignidad, temerosos del supremo Juez, ejecutor inflexible de su ley, se abrazan á la penitencia, y prometen tambien con profundos suspiros abandonar el mundo de los sentidos, para elevarse al mundo de los espíritus, y desprenderse de las criaturas para unirse al Criador. Yo quisiera admirarles; veo, empero, que una vez arrepentidos y satisfechas las saludables obras de penitencia, pasados algunos días, vuelven á vivir como ántes, solo pensando en lo presente, y olvidándose de lo futuro.

No se diga, que esta inconstancia sea efecto de la debilidad humana. El Apóstol de las naciones, entristecido una vez por tremenda tentacion, temiendo de la propia flaqueza, rogó al Señor que le librase de los asaltos de Satanás; mas el Señor le contestó: Te basta mi gracia. Si fuese posible, hermanos míos, penetrar en los abismos con una mirada, y examinar una por una las almas condenadas á los eternos suplicios, os convenceríais, de que ninguna se ha perdido por la sola debilidad; ó si os fuese concedido, por especial privilegio, subir hasta los tronos inmortales del Cielo, y examinar uno por uno á los Santos, que gozan y gozarán eternamente en aquella inmortal bienaventuranza, veríais, que se salvaron, no porque dejasen de ser débiles, sinó porque procuraron que su debilidad fuese corroborada por la gracia de Jesucristo. No es la debilidad causa de la inconstancia por lo que mira á los intereses del alma; sinó que la verdadera causa está, en que no se impetra de lo alto aquella virtud que convierte en fuertes á los débiles, aquel socorro que nos alcanza dominio sobre nosotros mismos, y aquel patrocinio que nos protege con sólido escudo contra las más indómitas pasiones.

Si quisiera confirmar estas palabras con algun ejemplo, podría aducir tantos, que no sabría por cual empezar. Míranos, me dicen multitud de individuos de toda edad, condicion y sexo, que con invencible constancia, combatida por reveses y tentaciones, no cedieron y aboraron á seguro puerto, no obstante las deshechas y continuas

borrascas. Pero los paso en silencio, porque se me ofrece delante un ejemplo más ilustre é inmensamente más bello: el ejemplo de María.

¿Cuánta no fué la constancia de María? Entregada del todo y sin reserva á Dios, apenas tuvo el uso de razon, no se arrepintió ni un solo instante de su ofrecimiento; abrasada desde su más tierna edad en el amor divino, ardió cada día más y con mayor perfeccion en este amor. El vicio le pareció siempre horrible y asqueroso, la virtud siempre amable y sorprendente, y Dios siempre santo y adorable. Nada logró distraerla de la meditacion de los intereses celestiales, por más que su vida fuese sencilla y ordinaria; y aunque dedicada á los quehaceres domésticos, nada la distraía de su bendita costumbre de la oracion. Su fé ardentísima y sin la más lijera perplejidad, no desfalleció nunca, ni aún cuando llegó á faltar á todos los demás hombres. Su gratitud por los beneficios recibidos del Señor, que en Ella fué suprema, no terminó con el cántico del *Magnificat*, ántes aumentó con los años. Su profunda humildad, en vez de languidecer por la Maternidad divina, creció de suerte, que cuanto más se veía ensalzada, tanto más se complacía en anonadarse. Si se resignó en su adolescencia, al verse huérfana de padres, más sorprendente fué su resignacion cuando, subido su Hijo al Cielo, vióse privada de lo que constituía todo su amor, sin esperanza de volver á verle hasta que abandonase este valle de miserias. Si el Arcángel la sorprendió absorta en santo recogimiento, cuando fué á anunciarla la dignidad á que el Altísimo la invitaba, tambien en santo recogimiento la encontramos absorta cuando se retira en el Cenáculo, donde se reunen los Apóstoles para prepararse á recibir los dones del Espíritu Santo. Si mostróse llena de celo cuando dió á adorar el Niño Jesús á los Pastores y á los Magos en el pesebre de Betén, llena de celo la vemos cuando la naciente Iglesia era un foco de doctrina, una escuela de la más profunda sabiduría, enseñando á los Apóstoles con cuales armas debían combatir al paganismo, derribar los simulacros de los ídolos, y hacer que la fé saliera de la lucha victoriosa y triunfante.

Su constancia fué todavía más admirable en las angustias y los dolores de muerte que la atribularon por todas partes. ¿De cuántos modos la afliccion no se cebó en María? ¿De qué suerte no se vió desolada? Las dudas de José con motivo de un misterio, que la humildad y la prudencia no le permitían revelarle; la peregrinacion hácia Belén, por tantos conceptos penosa; la pobreza de un establo, único asilo para acoger al humanado Señor de los Cielos; el vaticinio de Simeon sobre el ódio injusto de los hombres contra Jesús, y sobre la

espada que debía atravesar su materno corazón, podían debilitar su constancia. Podían hacerla vacilar la precipitada huida á Egipto con las angustias y las privaciones del destierro, la pérdida de su Hijo por espacio de tres días pasada la Pascua, las fatigas humillantes á que en el oscuro taller de Nazareth veía sometido al Rey de los ángeles, las asechanzas, las calumnias, las traiciones y las persecuciones de obstinados enemigos contra su generoso Bienhechor. Sin embargo, nada la hizo vacilar. Tranquila y serena en medio de todas las pruebas, resignada y paciente en medio de todas las angustias, reverente y obsequiosa á la voluntad divina, no se debilitó su constancia entre tantos desconuelos. Ni aún cuando, profundamente conmovida, vió los innumerables martirios que despedazaban á su Hijo, y que Jesús, próximo á exhalar el espíritu, le dirigía la palabra para encargarla, que á nosotros, autores de la muerte de su Hijo, nos mirase como hijos, dió señales de impaciencia, ni profirió la menor queja, sinó que permaneció imperturbable en su heroica constancia.

De esta constancia hablan muchos de los símbolos, con los cuales fué figurada la Virgen en la antigua alianza. María es un nuevo Edén, donde no penetró la serpiente infernal, como en el antiguo; es huerto cerrado, donde no se respira el hálito de corrupción; es fuente sellada, cuyas aguas no se encrespan por aires ménos puros; es muro inexpugnable, que no se derrumba por cualquier golpe; es rosa sin espinas; es ejército puesto en orden de batalla, que resiste al ímpetu de las aguerridas falanjes enemigas; es aquella que representada por Moisés en el zarzal ardiente, por Aaron en la vara y en la flor, y por Gedeon en el vellon y en el rocío, fué también representada por Salomon en la mujer fuerte; y llamarla fuerte, es lo mismo que llamarla constante.

¡Cuán bellas son estos símbolos! ¡Cuánto se recrea la mente examinando estos signos, con los cuales el Señor se complació en representarnos á su augusta Madre! Ellos nos dicen, que la Biblia, este libro inmortal descendido del Cielo á la tierra, anuncia las alabanzas de María, y nos indican una constancia singular, heroica, admirable. Dios, con estos signos, nos dió á conocer á María; por consiguiente, el mismo Dios nos dá testimonio de la constancia de María.

Llegado al final de los discursos en los cuales me ha sido grato, hermanos míos, ocuparme en las virtudes de María, mi misión ha terminado. Me direis, tal vez, que no os he presentado ideas nuevas

ni peregrinas; ya lo sé, y nunca he pretendido poder ni saberlas expresar. Conociendo bien mis débiles fuerzas, y bien persuadido de que no poseo aquella profunda humildad, que es la vida de la predicación católica, y que, unida con el verdadero conocimiento de las cosas celestiales, obró tan estupendos prodigios por el ministerio de los Apóstoles, de los Padres y de los Doctores de la Iglesia, sabía también, que eran menester otras dotes de sabiduría y de elocuencia para tratar dignamente esa materia. Sin embargo, abrigó la firme confianza, de que la consideración de las virtudes de la Virgen no dejará de producir saludables efectos en vuestro entendimiento y en vuestro corazón. No es posible fijar con toda atención la mirada en lo que es propio de María, sin quedar arrobados en dulce conmoción, y sentir un gozo misterioso del Paraíso.

Antes de bajar de esta cátedra sagrada, me creo obligado á congratularme con vosotros. En un siglo, en el cual el orgullo domina las inteligencias, la sensualidad impera en los corazones, la corrupción se ha introducido en todas las clases sociales; en una edad, en la cual un rugido salido de los antros infernales, resonando por toda la tierra, renueva las cruentas escenas de aquellos días, en que, predicado por los Apóstoles, el Dios crucificado era objeto de escándalo para los Judíos y de necedad para los Gentiles; en un tiempo, en el cual el culto tributado á la Virgen de las Virgenes es considerado por muchos como una invención del entusiasmo, como una creación ideal de la poesía, y como un ciego transporte de ánimos alucinados; habiendo tenido la dichosa ocasión de veros con frecuencia al pié de los altares de María, dedicándole vuestro culto y profesándole vuestra devoción, no he podido ménos de experimentar inefable consuelo en medio de tantas tristezas. Obrando de esta suerte, habeis practicado una devoción agradable á Dios, que eligió á María por Madre; consagrada por la Iglesia, que venera á María como á su especialísima protectora; y que fué la devoción de todos los grandes apologistas del Cristianismo, de los príncipes y de los súbditos, de los nobles y de los plebeyos, de los ricos y de los pobres, de los sábios y de los ignorantes, y de cuanto hay en el mundo de más elevado y noble. Siendo así, no puedo ménos que anunciaros felicísimos augurios. Sí; augurios felicísimos os anuncio, profundamente convencido, de que brillarán para vosotros claras y serenas las auroras, y se deslizarán propicios los días sobre vuestro horizonte. María será vuestra Abogada, vuestra Bienhechora y vuestra Madre. Ella os ayudará en las angustias, os librárá de los peligros, os fortalecerá contra las

tentaciones, os pondrá en gracia del Señor, y os cobijará bajo el manto de su magnánima proteccion.

Acordaos, empero, de que la devocion verdadera consiste en la imitacion. Incapaces nosotros de comprender plenamente las grandes verdades de la religion, la importancia de la salvacion, la preciosidad del alma, y la excelencia de las obras que conducen á la gloria en la vida futura, imitemos á Maria; contemplemos este ejemplar perfectísimo, si queremos saber con que sencillez hemos de andar, con que fidelidad hemos de practicar lo que se nos ha mandado, y con que afecto y constancia hemos de permanecer firmes en el cumplimiento de nuestros deberes. Los padres gustan de verse retratados en sus hijos; y Maria, nuestra Madre, desea que imitemos su inviolable fidelidad en emplear los medios de que Ella misma se sirvió para llegar á la perfeccion. Ella nos dice: Imitadme, como yo he imitado á Jesucristo. No niego, que jamás podremos llegar á una perfecta semejanza con Ella; pero, así como los pintores, afanándose por imitar á los grandes maestros, si bien en sus cuadros no llegan á imitarles perfectamente, siempre toman del genio de aquéllos algo que no es comun; tambien nosotros, proponiéndonos imitar las virtudes de la Virgen, por más que no nos sea posible llegar á igualarlas, alcanzaremos algo superior á nuestra debilidad.

Con estas disposiciones, oh Maria, recurrimos á Ti, y de Ti imploramos el milagro de nuestra santificacion en la tierra y de nuestra glorificacion en el Cielo. Estamos seguros de que, levantados por tu gracia y fortalecidos por tu proteccion, surcaremos el proceloso mar de la vida, sin temor de que las olas de las tentaciones nos impidan abordar con toda felicidad en las orillas de la santa ciudad de Dios. Tú eres nuestro apoyo, nuestra esperanza, nuestro auxilio y nuestro consuelo: ayúdanos, pues, á triunfar de Satanás, del mismo modo que tú lo hicistes, ya que de esta suerte, evitando las asechanzas del cruel adversario, podremos entonar alegremente el himno de la victoria. Haz, que siguiendo tus huellas é invocando tu Nombre, se nos conceda subir, despues de la peregrinacion de este destierro, á los eternos gozos del Paraiso.

FIN.

## ÍNDICE.

|           | PAG.                                       |
|-----------|--|
| Discursos | I.—Introduccion. . . . . 2                 |
| »         | II.—Fé . . . . . 8                         |
| »         | III.—Fé unida á las obras. . . . . 17      |
| »         | IV.—Esperanza. . . . . 26                  |
| »         | V.—Amor á Dios. . . . . 35                 |
| »         | VI.—Amor al prójimo. . . . . 43            |
| »         | VII.—Obediencia. . . . . 51                |
| »         | VIII.—Paciencia. . . . . 59                |
| »         | IX.—Humildad. . . . . 68                   |
| »         | X.—Celo. . . . . 77                        |
| »         | XI.—Justicia. . . . . 84                   |
| »         | XII.—Bondad. . . . . 92                    |
| »         | XIII.—Misericordia. . . . . 101            |
| »         | XIV.—Beneficencia. . . . . 110             |
| »         | XV.—Generosidad. . . . . 119               |
| »         | XVI.—Virginidad. . . . . 127               |
| »         | XVII.—Virginidad y Fecundidad. . . . . 135 |
| »         | XVIII.—Modestia. . . . . 143               |
| »         | XIX.—Silencio. . . . . 151                 |
| »         | XX.—Sabiduria. . . . . 159                 |
| »         | XXI.—Gratitud. . . . . 167                 |
| »         | XXII.—Gozo. . . . . 175                    |